

Homilia del Rvdo. P. Agustín Arredondo, S. J., de la Misa celebrada en el Monasterio de Poblet el viernes 12 de octubre de 1990, durante la XXIX REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

Inauguramos hoy estas agradables jornadas, en las que renovamos, de año en año, con singular intensidad y concurrencia vivencias semejantes a las experimentadas tantas veces en las lecturas privadas de la revista y publicaciones de Speiro, y en las charlas periódicas sobre estos mismos temas en las que participamos.

Siempre en nuestras reuniones invocamos la ayuda de Dios inicialmente, enfocando ya de entrada con esta actitud el panorama, siempre humanodivino, propuesto a nuestro conocimiento y reflexión. Y nos es grato asistir ahora en vistosa unión a los pies del altar, para ofrendar conjuntamente a Dios lo más grande que tenemos, que es El, y recabar de su benevolencia la continuación del éxito ya duradero de la Ciudad Católica.

Y en esta ocasión es María, con su fiesta del Pilar en toda España, quien nos brinda el puente que siempre buscamos para este grato encuentro, como ya lo ha hecho repetidas veces en esta época del año en que intentamos nuestra convivencia.

Ella, pues, es en este año quien nos ofrece la oportunidad del presente fin de semana. Ella, la que con su universal mediación ante Dios, nos invita a recurrir a su amparo en nuestra tarea; y Ella también la que, precisamente en su título del Pilar, da especial significación a nuestra piedad mariana en estos días.

Porque la tradición de la Virgen del Pilar, nos habla del gesto de la Madre de la Iglesia en ayuda de esta tierra tan querida de Ella que es España: en aquellos tiempos de la siembra inicial de Santiago que resultó un tanto estéril en fruto, antes de que la presencia materna viniera del oriente a bendecirnos sobre esa columna, que desde entonces estamos horandando sus hijos con el amor filial de nuestros besos.

La obra del Hijo era la Iglesia. ¿No iba a ser también la obra de la Madre? La Madre que lo fue de la cabeza de Cristo total, también había de serlo de su cuerpo que es la Iglesia; resultan-

do Madre nuestra en la vida de la gracia la que había sido Madre de Jesús en su humana naturaleza. Y así actuó desde la subida de Cristo al cielo; consciente, como en Caná, de la insuficiencia de los hijos que reclamaran la solicitud de la Madre.

Seguidores pretendemos ser nosotros de aquel Hijo del Trueno desde nuestro puesto modestísimo, en esta sociedad que tiene todavía tanto que aprender de su doctrina, para iluminar las inteligencias y conseguir implantar establemente en España y en el mundo un orden social cristiano. Y María tiene también aquí su puesto insustituible, en el que firmemente la reconocemos, y hacia el que ardientemente suspiramos. Sólo en Cristo puede estar nuestro remedio; y a Cristo sólo con Ella podemos encontrarlo.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de oír, nos muestra en Jerusalén, después de la Ascensión, cómo aquellos gigantes se alegran para recorrer su camino —recordando la imagen del Salmo 18—, en actitud lejanamente imitada por nosotros en estos pocos días que lo son al mismo tiempo de tiempo de descanso y de trabajo. Cinco cláusulas que no tienen desperdicio nos señala el texto sagrado, que vamos brevemente a repasar. Todos, unánimemente, orando, perseveraban, con María la Madre de Jesús.

Todos. Los que vivimos con frecuencia disgregados por imperativos de la distancia local, de la profesión o de la familia, a veces incluso en el mismo núcleo urbano, y hoy afluimos todos en alentadora concurrencia a estas masías y monasterio de Poblet.

Unánimemente, leemos. Con un corazón y una misma alma, unas mismas creencias e ideal eran el centro de atracción de aquellos hombres convencidos; y es para nosotros la verdad que conocemos y queremos poseer más y más, la misma en todos nuestros cerebros, la que hace nacer el mutuo afecto, y sacia nuestro afán de creer y de poder estribar con tranquilidad y bienestar en lo incommovible.

Orando, vemos en tercer lugar. Era todo un mundo lo que los Apóstoles trataban de transformar. Y, también nosotros, que no aspiramos al corto alcance de cultivar una sociología naturalista, o de preparar para una acción de vuelos intramundanos a algunos tribunos arrolladores, somos conscientes de que si Dios no edifica la casa en vano se cansan los albañiles, y si Dios no guarda la ciudad es inútil que la vigilen los centinelas. Constructores somos de esa casa de Dios y vigilantes de esa ciudad suya, para la que nuestros naturales esfuerzos son medios patentemente desproporcionados.

Por lo demás, las ideas no las acepta el mundo de un modo

instantáneo; y la evolución ideológica de una sociedad exige tiempo nada breve. No puede, pues, faltar, la perseverancia tenaz en nuestra actitud, sin prisa por una acción más inmediata, como no muestran haberla tenido ni Cristo en su vida, ni los Apóstoles en estos primeros tiempos de la Iglesia. Y es para alabar a Dios el considerar que nuestra perseverancia cuenta ya veintinueve años de reuniones, de oración y de siembra, con la fe y la paciencia propia de obras semejantes.

En fin, con María estaban los Apóstoles, y no les fue mal. Por Ella nos vino El a salvarnos; y por Ella le vemos fundando la Iglesia en estas vísperas del gran estallido de Pentecostés a la vista del mundo.

Como es corriente en un personaje excepcional, Cristo delata en Sí la obra de su Madre. Así nos lo cuenta el Evangelio leído, que no quiso omitir el sencillo incidente de una mujer, que atraída por Jesús prorrumpe en alabanzas de su Madre. Tuvo que agradecer al Hijo aquella exclamación tan simple como veraz. Nadie mejor que El conocía la grandeza de María. También nosotros, porque conocemos esa grandeza, le tributamos nuestro reconocimiento y nos congregamos en su compañía. Y oímos de Ella en Caná lo mismo que contestó Jesús en esta ocasión: Haced lo que El os diga; y el milagro se produjo; Jesús también aquí nos enseña que el secreto del éxito, de su Madre y de cualquiera, está precisamente en conocer y cumplir lo que Dios quiere de nosotros.

Y tal es el sentido de nuestra reunión aquí, como el de toda reflexión y trato habitual de los intereses de la Ciudad Católica. María Reina y Cristo Rey presidan, inspiren y alienten siempre nuestro afán, porque coincide con el suyo. Y con el ejemplo inolvidable de los que trabajaron con nosotros y creemos gozan ya en la Patria que no acaba, agradezcamos al Cielo lo ya hecho, y renovemos con la gracia de Dios el entusiasta compromiso de nuestra empresa.

AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.